



✠

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE HUESCA

Año 1902

Núm. 13.

fundado 1249



HUESCA
Imprenta de Castanera
SINCHO ABARCA, S



El desastre de la Martinica

Con motivo de la catástrofe de la Martinica, todos los periódicos de gran circulación escribieron largos artículos estudiándola geológicamente, pero muy pocos han visto en ella un justo castigo de Dios, y, sin embargo, esto es lo que se deduce del estado moral de aquella desgraciada posesión francesa.

Poco tiempo antes del desastre, un periódico protestante inglés, el «Daily News,» escribía lo siguiente, que basta por sí solo para probar lo que decíamos. El día de Jueves Santo, una turba desenfrenada de San Pedro de la Martinica mató un cerdo, lo clavó de pies y manos en una cruz, y al llegar el Domingo le desclavaron, le vistieron de sacerdote y le pasearon por la población, tratando de simular de un modo tan horrendo y pecaminoso la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Y era tanto y tan grande el odio de esta turba desenfrenada hacia nuestra Religión Sacrosanta, que pocos días antes del desastre, y cuando los siniestros resplandores que salían del cráter del volcán vecino anunciaban ya un castigo, recorrían las calles de San Pedro entonando blasfemas canciones cuyo estribillo, al decir del «Catholic Times and Catholic Opinion» que consagra un hermoso artículo demostrando que el desastre de la Martinica fué un justo castigo del Cielo, era el siguiente:

«¡La Vierge a Pecurie! ¡Le Christ a la voirie! (La Virgen á la caballeriza y Cristo á la alcantarilla)»

El castigo de tan horrendas blasfemias no se hizo esperar.

Durante varios días síntomas muy significativos anunciaban una próxima irrupción del volcán; pero los habitantes de San Pedro, finados en las obras científicas, creíanse exentos de todo peligro, preparándose para presenciar uno de esos espectáculos sublimes que sólo la naturaleza sabe presentar.

Peró á las diez de la mañana del día de la Ascensión, una explosión indescriptible se dejó escuchar, una verdadera lluvia de fuego descendió sobre la ciudad de San Pedro, y la obscuridad fué completa. A los pocos momentos esta hermosa ciudad era un vasto cementerio.

Y era tan lastimoso el estado moral de esta tierra, que según el «Catholic Times» los pocos sobrevivientes repetían con amargura: «el fuego de Dios ha destruido á Sodoma.»





BOLETÍN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE HUESCA

SUMARIO: Carta Encíclica del Santo Padre (conclusión), pág. 197.—Las futuras Inspecciones de enseñanza y las Congregaciones Religiosas, pág. 208.—Nombramiento de Arcipreste, pág. 212.—Socios del Congreso Católico, pág. 212.—Necrología, pág. 212.

CARTA APOSTÓLICA DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR LEON POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XIII

(CONCLUSIÓN)

VI

A medida que la Iglesia Católica despliega su celo por el bien moral y material del pueblo, se apresuran los hijos de las tinieblas á levantarse envidiosos contra ella, echando mano de todos los medios para ofuscar su divina belleza y dificultar su acción vital y redentora. ¡De cuántos sofismas se valen, de cuántas calumnias! Más una de sus pérfidas artes consiste en presentar la Iglesia á los ojos de las masas ignorantes y de los gobiernos

celosos de su autoridad como contraria á los progresos de la ciencia, como enemiga de la libertad, usurpadora de los derechos del Estado é invasora del campo de la política. Estúpidas acusaciones, mil veces repetidas y mil veces pulverizadas por la razón, por la historia, por el testimonio de los hombres honrados y amantes de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y de la cultura? Ciertamente que es ella vigilante custodio del dogma revelado; más esta vigilancia no hace más que convertirla en protectora benemérita de la ciencia y propagadora de toda honesta cultura. No; con el asenso de la mente á la revelación del Verbo, no se perjudicará nunca y por ningún concepto á las concepciones racionales; antes bien, las irradiaciones del mundo divino siempre prestarán poder y claridad al entendimiento humano, preservándolo, en las cuestiones más importantes, de la incertidumbre angustiosa y de los errores. A la Iglesia Católica se le debe atribuir el mérito de haber propagado y difundido la sabiduría cristiana, sin la cual gemiría aún el mundo en las tinieblas de la superstición pagana y en el abyecto estado de la barbarie; á ella se le debe el haber conservado y trasmitido los preciosos tesoros de las letras y de la ciencia antigua, el haber acogido finalmente bajo sus alas protectoras á los artistas más insignes y haber inspirado la literatura más elevada, pura y gloriosa.

¿La Iglesia enemiga de la libertad? ¡Oh, cómo se tergiversa un concepto que, bajo el expresado nombre, encierra uno de los más preciados dones de Dios, y sin embargo, se le emplea para justificar el abuso y la licencia! Si por libertad se quiere dar á entender que uno está exento de toda ley y de todo freno para hacer todo aquello que más le agrada, ciertamente que merecería la reprobación de la Iglesia, como la de toda persona honrada; pero si por libertad se entiende la facultad racional de

obrar expedita y desembarazadamente el bien, según la norma de la ley eterna, en lo que justamente consiste la libertad digna del hombre y provechosa á la sociedad, nadie más que la Iglesia la favorece, alienta y protege. Ella, pues, con su doctrina y acción libertó á la humanidad del yugo de la esclavitud, anunciando la gran ley de la igualdad y fraternidad humanas; en todo resplandece su patrocinio sobre los débiles y los oprimidos contra la prepotencia de los fuertes; reivindicó con la sangre de sus mártires la libertad de la conciencia cristiana, restituyó al hijo y á la mujer la dignidad de su noble naturaleza y la participación en los mismos derechos de respeto y de justicia, contribuyendo poderosamente á introducir y mantener la libertad civil y política del pueblo.

¿La Iglesia usurpa los derechos del Estado é invade el campo político? Pero la Iglesia sabe y enseña que su divino fundador ordenó dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, sancionando por tal modo la distinción inmutable y perpetua de los dos poderes, entrambos supremos en su respectivo orden; distinción fecunda, á la que corresponde en gran parte el desenvolvimiento de la civilización cristiana. Y ajena en su espíritu de caridad á toda mira hostil, no aspira más que á concertarse con los poderes políticos para obrar sobre el mismo objeto, que es el hombre, y sobre la misma sociedad, pero por aquellas vías y aquellos elevados intentos que responden á su misión divina. Donde su acción sea acogida sin sospechas, no hará más que facilitar las innumerables ventajas supradichas. La suposición de miras ambiciosas en la Iglesia no es más que una vieja calumnia de la que se sirven sus poderosos enemigos como de pretexto para cohonestar sus opresiones; y la historia, meditada sin prejuicios, testifica ampliamente que la Iglesia antes que intentar jamás oprimir, fué por lo contrario, á imágen de su divino Fundador, víctima repetidas veces de opresión y de injusticia, precisamente porque su po

der radica en la fuerza del pensamiento y de la verdad, no en la de las armas.

VII

Estas y otras semejantes acusaciones tienen por objeto concitar contra la Iglesia, el odio y la aversión. Mas en esta obra perniciosa y desleal se distingue sobre las demás una secta tenebrosa que la sociedad alberga de largos años en sus entrañas, como enfermedad letal que contamina su salud, su fecundidad y su vida. Personificación permanente de la revolución, constituye una especie de sociedad destructora, cuyo objeto no es otro que predominar ocultamente sobre la sociedad reconocida y cuya razón de ser consiste en la guerra á Dios y á su Iglesia. No habría necesidad alguna de nombrarla, pues todos reconocerán con estas señas la *masonería*, de la que hablamos deliberadamente en Nuestra Encíclica «*Humanum genus*» de 20 de Abril de 1884, denunciando sus malélicas tendencias, sus falsas doctrinas, sus obras nefastas. Esta secta, que abarca en su inmensa red á casi todas las naciones y se coliga con otras sectas, á las que mueve con ocultos hilos, atrayendo á sus adeptos con el cebo de las ventajas que les procura, encadenando á sus designios á los iniciados con promesas ó amenazas, llega á infiltrarse en todos los órdenes sociales y á formar un Estado invisible é irresponsable en el Estado legítimo. Saturada del espíritu de Satanás, que, como decía el Apóstol, sabe cuando le conviene transfigurarse en angel de luz (1), se jacta de perseguir fines humanitarios, pero todo en provecho de sus sectarios designios, y mientras declara que no tiene mira alguna política, ejercita vasta acción en el movimiento legítimo y administrativo del Estado, y mientras afirma que respeta la autoridad imperante y aún á la religión, tiene como objeto supremo (y

(1) II Cor. XII. 14.



sus mismos reglamentos lo afirman) el exterminio del imperio y del sacerdocio, considerados por ella como enemigos de la libertad.

Ahora bien; todos los días se hace más patente que á las sugerencias y complicidad de esta secta deben atribuirse en gran parte las continuas vejaciones que sufre la Iglesia, y también la actual recrudescencia de los ataques. Y á la verdad; la simultaneidad de la persecución que ha estallado como tempestad en cielo sereno, es decir, sin causa alguna que la motivara, la manera, idéntica en todas partes, como ha sido preparada por medio de la prensa periódica, reuniones públicas y producciones teatrales; el uso donde quiera de las mismas armas, tales como la calumnia y los tumultos populares, muestran bien á las claras que la identidad de propósitos y la consigna han salido de un solo centro y no tiene más que una dirección; circunstancia, por lo demás, que se acomoda al plan trazado con antelación, plan que se va ampliamente traduciendo en actos, para multiplicar los males, por Nos ya anunciados, y sobre todo, para restringir la enseñanza religiosa, hasta extinguirla del todo, con lo cual se formarán generaciones de indiferentes ó de incrédulos, para combatir por medio de la prensa la moral de la Iglesia, y finalmente para mofarse de las prácticas y profanar las fiestas católicas.

Cae de su peso que el sacerdocio católico, llamado á difundir prácticamente la Religión y á dispensar los misterios de la misma, sea combatido con mayor encarnizamiento, al objeto de amenguar su autoridad y prestigio á los ojos del pueblo: de día en día crece la procacidad en interpretar torcidamente sus actos, en dar cuerpo á sospechas, y en arrojar sobre el mismo las más graves acusaciones; y tal procacidad crece en proporción de la impunidad de que gozan los calumniadores. Y se suman nuevos daños á los que sufre el clero de algún tiempo acá, tanto con el servicio militar obligatorio, que lo arran-

ca del seminario donde se forma para la vida religiosa, cómo por usurpación del patrimonio eclesiástico constituido liberalmente por la piedad y generosidad de los fieles.

Y las Ordenes y Congregaciones Religiosas, que por la práctica de los consejos evangélicos son la gloria así de la Religión como de la sociedad, cual si tuvieran á los ojos de los enemigos de la Iglesia una culpa más, son acerbamente hechas objeto de vilipendio. Y Nos duele tener que recordar como hace poco han sido víctimas de odiosas é inmerecidas providencias, que todo corazón honrado ha debido altamente reprobar. No valieron para salvarlas la integridad de su vida, sobre la cual no pudieron sus referidos enemigos formular imputaciones serias y fundadas; no el derecho natural que autoriza la asociación para fines honestos, ni la ley constitucional que lo sanciona; no la adhesión del pueblo, agradecido á los preciosos servicios que han prestado á las ciencias, artes y agricultura, y á la copiosa caridad de que han hecho objeto á la numerosísima clase de los pobres. De esta manera hombres, mujeres, hijos del pueblo, que habían renunciado espontáneamente á los goces de la familia, para consagrar al bien del prójimo en pacífica agremiación la juventud, los talentos, la actividad y la vida, como si fueran reuniones de malhechores, han sido en tiempos de tan amplia libertad condenados al ostracismo.

Y no es de maravillar que hijos tan queridos sean de tal modo perseguidos, cuando no ha sido mejor tratado el Padre, es decir, la Cabeza misma del catolicismo, que es el Romano Pontífice. De todos son bien conocidos los hechos. Se le ha arrebatado con el principado civil aquella independencia que necesita para ejercer su misión universal y divina; se le ha forzado acá en su Roma á encerrarse en su propia casa, porque constreñido por poder enemigo, ha quedado reducido, no obstante irrisorias prendas de respeto y precarias promesas de libertad, á condición anormal, injusta é indigna de su escelso minis-

terio. Harto conocidos son en verdad los obstáculos que se le crean, hasta falsear sus propósitos y ultrajar su dignidad; en términos que se hace cada día más evidente que el robo de la soberanía civil se llevó á cabo para derribar poco á poco la misma potestad espiritual de la Cabeza de la Iglesia; lo que, por otra parte, ha sido declarado sin ambages por aquellos que fueron los verdaderos autores de la indicada rapiña.

Este hecho, si atendemos á sus efectos, no es solo impolítico, sino también antisocial; porque aquellas heridas que se infirieron á la Religión, son como otras tantas heridas abiertas en el mismo corazón de la sociedad. Dios al tiempo de dotar al hombre de cualidades esencialmente sociales, en su providencia fundó también su Iglesia, y la colocó, según el lenguaje bíblico, sobre el monte de Sión, para que sirviera de luz, y con sus fecundos rayos, desarrollara el principio de la vida, en los múltiples aspectos de la sociedad humana, comunicándole normas sabias y celestiales, con las que pudiera tomar el aspecto más conveniente. La sociedad, por tanto, que sacude el yugo de la Iglesia, yugo que es parte considerable de su fuerza, decae ó se desmorona, porque separa lo que Dios quiere que esté unido.

Nos no hemos dejado de inculcar tales verdades, siempre que se ha ofrecido oportunidad, y queremos hacerlo nuevamente y de propósito en esta extraordinaria coyuntura. Haga el Señor que de ellas tomen los fieles ánimo y norma para coordinar con mayor eficacia su acción enderezada al bien común; y que los adversarios saquen luz para comprender la injusticia que cometen cuando persiguen á la madre más amorosa, y la más acreditada bienhechora de la humanidad.

VIII

No quisiéramos que el cuadro de la dolorosa condición presente fuese parte para disminuir en el ánimo de

los fieles la plena confianza que deben tener en el auxilio divino, el cual nos traerá á su tiempo y por sus vías el triunfo final. Verdad que dicho cuadro Nos contrista profundamente el corazón, pero en manera alguna tememos por los inmortales destinos de la Iglesia. La persecución, según hemos dicho al principio, es su herencia, y Dios saca de la misma bienes más elevados y preciosos, probando y purificando con ella á sus hijos. Al permitir las vejaciones y persecuciones nos manifiesta su divina asistencia, con la que nos provee de medios nuevos é impensados, merced á los cuales la obra no sólo queda, sino que se desarrolla, sin que prevalgan las fuerzas conjuradas en su daño. Diez y nueve siglos de vida transcurrida entre el flujo y reflujo de las humanas peripecias, nos enseñan que las tempestades pasan sin tocar al fondo.

Por consiguiente, no desmaye nuestro aliento, porque el momento presente ofrece síntomas que hacen que se mantenga inalterable y firme nuestra confianza. Las dificultades son formidables y extraordinarias, es verdad, pero otros hechos, que se desarrollan á nuestra vista, nos testifican que Dios cumple sus promesas con bondad y sabiduría admirables. Hé aquí que mientras conspiran contra la Iglesia tantas fuerzas y se ve desprovista de ayuda y apoyo humanos, sin embargo, ella domina en el mundo y extiende su acción sobre las más diversas gentes y bajo todos los climas.

No, el antiguo príncipe de este mundo no podrá ya dominar como antes, después de haber sido arrojado por Jesucristo, y las tentaciones de Satanás nos acarrearán muchos males, pero no lograrán su fin. Una calma sobrenatural, mantenida por el Espíritu Santo que palpita y vive en la Iglesia, reina ya á la hora presente, no sólo en los corazones de los buenos, sino en el conjunto de la gran familia católica; calma que se desenvuelve serena mediante la unión, más estrecha y devota que nunca, del Episcopado con esta Cátedra Apostólica, formando un



maravilloso contraste con la agitación, las disensiones y el pulular continuo de las sectas que turban la tranquilidad social. Unión que armónicamente se reproduce, fecunda en obras variadísimas de celo y de caridad, entre los Obispos y el Clero y entre éste y el pueblo católico, el cual va, más compacto y exento de humanos respetos, disciplinándose para la acción, despertándose en generosa emulación para defender la causa santa de la religión. ¡Ah!, esta es la unión que hemos inculcado é inculcamos de nuevo, y que bendecimos, á fin de que adquiera incremento más vasto y se oponga, como invencible muro, al ímpetu de los enemigos de Dios.

Nada más fácil ahora que, con los vástagos que brotan al pié del árbol renazcan, se vigoricen y reorganicen tantas asociaciones como en nuestros días se regocijan en el seno de la Iglesia. Ninguna forma de cristiana piedad puede decirse que haya sido descuidada, así las que miran á Jesucristo y á sus adorables misterios, como las que se refieren á su poderosísima Madre y á los Santos que brillan con más viva luz por sus insignes virtudes. Del mismo modo, ninguna forma de beneficencia vemos preterida, mírese donde quiera, ya á la educación religiosa de la juventud, ya á la asistencia de los enfermos, ya á la moralización del pueblo, ya al socorro de las clases desheredadas. Y ¡con cuanta mayor rapidez se desenvolvería, y cuanto más fecunda sería en bienes, si con tanta frecuencia no le salieran al paso injustas ú hostiles disposiciones!

Y el Señor que mantiene tal vitalidad de la Iglesia en las regiones que posee desde muchos siglos y ha civilizado, nos consuela también con nuevas esperanzas, gracias al celo de sus misioneros; los cuales sin descorazonarse ante los peligros, privaciones y sacrificios de toda especie, y siendo cada día en mayor número, van conquistando regiones enteras para el Evangelio y la civilización, y se mantienen admirablemente constantes, aún cuando con

harta frecuencia se les pague con detracciones y calumnias á semejanza del divino Maestro.

Las amarguras vienen por lo tanto mitigadas por los consuelos, y aún en medio de las dificultades de la lucha, tenemos sobrados motivos para cobrar ánimos y afirmar nuestras esperanzas. Es cosa en verdad que debería sugerir útiles reflexiones á todo observador inteligente y no extraviado por las pasiones, la consideración de que así como Dios no dejó el hombre á merced de si mismo en lo que toca al último fin de toda la vida, y por esto ha hablado, de la misma manera habla también hoy por medio de su Iglesia, visiblemente inspirada, para manifestar de que parte están la verdad y la salvación, De todas maneras, esta perenne asistencia servirá para infundir en nuestros corazones la invencible esperanza de que en el momento designado por la Providencia, la verdad, despejada la niebla con la cual se pretende cubrirla, brillará más clara en un no lejano porvenir, y que el espíritu del Evangelio volverá á reavivar los miembros tan fatigados y corrompidos de nuestra disipada sociedad.

Por lo que á Nos toca no dejaremos, Venerables Hermanos, de hacer lo posible para que se anticipe el día de la misericordia de Dios, cooperando con todas nuestras fuerzas, según es nuestro deber, á la defensa é incremento de su reino sobre la tierra. A vosotros no tenemos que dirigiros exhortación alguna, siendo como es bien conocida vuestra solicitud pastoral. Ojalá la llama que arde en vuestros corazones se comuniqué siempre más en todos los ministros del Señor que colaboran en vuestra obra. Ellos están en inmediato trato con el pueblo y conocen plenamente sus aspiraciones, sus necesidades y sus males, así como también las añagazas y seducciones que se le tienden. Y si llenos del espíritu de Jesucristo y manteniéndose en una esfera superior á las pasiones políticas coordinan su acción con la vuestra, lograrán con la bendición de Dios hacer maravillas, iluminarán á las muche-

dumbres con la palabra, atraerán los corazones con la suavidad de las formas y les ayudaran caritativamente en el progresivo mejoramiento de su estado y condición. Y el Clero se verá fortalecido con la acción inteligente y decidida de todos los fieles de buena voluntad; y de esta manera los hijos que gustarán la ternura de la Iglesia su madre, la compensarán dignamente saliendo á la defensa de su honor y de sus glorias.

No hay quien no pueda contribuir á esta obra impuesta por el deber y sumamente meritoria: los doctos y los literatos por medio de la apologia y con la prensa diaria, poderoso instrumento del cual tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los maestros dando cristiana educación á los niños; los magistrados y los representantes del pueblo con la firmeza de los buenos principios y la integridad del carácter, combatiendo y haciendo profesión de las propias creencias sin temor á los respetos humanos. Los tiempos que corremos exigen alteza de sentimientos, generosidad de propósitos, regularidad de disciplina. La cual sobre todo, deberá hacerse patente con la sumisión confiada y perfecta á la norma directiva de la Santa Sede, medio preferente para cortar, ó siquiera atenuar, el daño de las opiniones de partido cuando dividen, y para coordinar todos los esfuerzos al servicio de un fin superior, que es el triunfo de Jesucristo en su Iglesia.

En esto consiste el deber de los católicos; en el triunfo final de Aquel que vela amorosa y sabiamente por su inmaculada Esposa, y del cual está escrito *Iesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula* (1). Elevemos también á El nuestra oración, á El que, amando con amor infinito á la humanidad errante en la sublimidad del martirio, convirtiéndose en víctima expiatoria de ella; á El que, sentado, aunque invisible, en la mística nave de su Iglesia,

(1) Hebr, XIII, 8,

puede, subyugando al mar y á los vientos que lo conmueven, apacignar la tormenta. —Y Vosotros sin duda, Venerables Hermanos, así lo pediréis de buen grado en unidad con Nos, á fin de que se aminoren los males que pesan sobre nuestra sociedad, se iluminen con los esplendores de la luz divina aquellos que, más por la ignorancia que por la malicia, odian y persiguen la religión de Cristo, y se reanimen en santa laboriosidad los hombres de buena voluntad, de tal modo que se apresure el triunfo de la verdad y de la justicia; y brillen para la familia humana días mejores de paz y tranquilidad.

Descienda entretanto, como auspicio de la gracia más anhelada, sobre Vosotros y sobre todos los fieles puestos bajo vuestra solicitud la Bendición Apostólica que os concedemos de todo corazón.

Dado en Roma, junto á San Pedro el 19 de Marzo de 1902, año vigésimoquinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PP. XIII.

LAS FUTURAS INSPECCIONES DE ENSEÑANZA

Y LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS (1)

En la nota oficiosa de uno de los Consejos de Ministros últimamente celebrados, en aquel en que el señor Canalejas se retiró porque no se cumplían los compromisos políticos en lo referente á la cuestión social y religiosa, se decía que el señor Ministro de Instrucción pública quedaba encargado de redactar unos decretos, su-

(1) De la *Gaceta de Instrucción pública*, número correspondiente al día 6 del mes de Junio, copiamos este artículo, digno de ser leído, por las preciosas confesiones que contiene, en pro de los Colegios españoles, dirigidos por Congregaciones Religiosas.



jetando y poniendo ciertas trabas á las Congregaciones que se dedican á la enseñanza, y que uno de éstos consistía en crear Inspecciones especiales. (1)

No creemos que el señor Conde de Romanones, hombre experto é inteligente, crea que nombrando Inspectores que vigilen los establecimientos de enseñanza que á su cargo tienen hoy las Ordenes religiosas se remedie el mal que pretenden extirpar; conocemos la mayoría de estos establecimientos, y no exageramos si decimos que *cualquiera de ellos tiene más y mejores condiciones para establecimientos de educación y enseñanza que el mejor de nuestros Institutos ó la mejor y la más amplia de las Universidades, y que reúnen todos los medios que para la educación se necesitan*, entre ellos completo y adecuado material de enseñanza; y aquí está el *secreto* y el por qué *los padres de familia*, sin distinción de ideas, y que pueden pagar la educación de sus hijos, *prefieren llevarlo á la enseñanza no oficial* á dejarlos en los establecimientos oficiales que, en su mayoría, predisponen y entristecen el ánimo del padre menos afecto á las Congregaciones, al ver el aspecto ruinoso y malsano de la mayoría de los edificios dedicados á establecimientos docentes en España.

El que trate de la educación de sus hijos y entre en un colegio de Jesuitas, Escolapios ó de Maristas y se fije en el régimen interno de estos establecimientos y lo compare con cualquiera de nuestros Institutos, *preferirá llevar á sus hijos á uno de los primeros antes que dejarlos en completa libertad* en el mejor de los segundos. ¿Quiere decir esto que este padre sea clerical? No, ciertamente; lo que tiene es, que en los establecimientos oficiales *se lo instruyen*, pero en los no oficiales *se lo educan*, y de aquí que *piensan mal aquellos que creen que*, dado

(1) La resolución del Ministro no se ha hecho esperar. el día primero del corriente mes se ha publicado el Real Decreto, sujetando la enseñanza privada á la inspección oficial contra toda ley y derecho. Por algo estamos en tiempos de libertad... liberal.

el estado de la enseñanza oficial, puede hoy darse en España una ley *Waideck-Rousseau* contra las Congregaciones que à la enseñanza se dedican, pues éstas llenan y cumplen hoy en nuestro país una misión educativa que los Gobiernos, en su afán de innovaciones, se deshicieron de ella destruyendo nuestros antiguos colegios en vez de reformarlos; es decir, que quemaron la casa por no tener el trabajo de arreglarla; *borraron* de nuestra legislación todas las disposiciones que tendían à la educación de la *juventud*, llenando en cambio tomos enteros de planes de estudios, haciendo de la segunda enseñanza sobre todo un *pot-pourri* que ha hecho de nuestros estuديات bachilleres hueros, y que, à semejanza de lo que hicieron con la educación, que destruyeron por no reformarla, quieren suprimir ahora, en vez de corregirle sus defectos, el bachillerato.

¿Desaparecerán todos los males enumerados con la creación de las inspecciones? Creemos firmemente que no. ¿Que van à inspeccionar estos nuevos empleados de la enseñanza, la educación ó la instrucción? Si lo primero, no entren en los establecimientos oficiales, porque en ellos ni se puede educar ni se educará mientras subsista el actual régimen, y esto no por culpa del Profesorado, sino por falta de medios; ¿van à vigilar los métodos y educación que en los establecimientos privados se emplean? *Esto*, sobre ser peligroso, es atentatorio à la libertad y à la democracia verdadera, y nos llevaría à represalias y reclamaciones que no debemos despertar ni suscitar; ¿van los nuevos inspectores à curarse de la instrucción? pues en ese caso, comience el Gobierno por dar al Profesorado medios materiales y morales, de que carece hoy, gastando el importe de las inspecciones en hacer edificios adecuados al fin que se destinan, y en laboratorios y material científico suficiente siquiera para que el alumno pueda con el profesor obtener todo el fruto que desea de las enseñanzas que dan y perciben.

Creemos que los únicos medios que para remediar el mal presente habría que poner en planta, son:

1.º Educar al Profesor de forma y manera que estuviera en situación de emplear todo el tiempo, todo el día, entre la instrucción y la educación de sus alumnos (1), y para esto, procurarle los medios de llegar á ser más que un sabio, un buen educador.

2.º Curarse, más que de pomposos planes de estudio, de garantir á los padres la buena educación de sus hijos, creando establecimientos, no solo de enseñanza, sino de educación.

Y 3.º Hacer á todo trance costumbres y no leyes; pues aquéllas formarán ciudadanos que las respeten y observen, porque así como la fe sin las obras es fe muerta, las leyes sin ciudadanos, bien y honradamente educados, son letra muerta, y la acción y fuerza moral de los Gobiernos se pierde en el vacío por eficaz y moral que sea.

Desengañese el señor Conde de Romanones y todos los que á él sucedan en cartera tan importante; hay que seguir otros distintos caminos que los hasta aquí seguidos, si no queremos como hasta ahora perder el tiempo.—
JOSÉ M.ª CASTILLA.

(1) El autor del artículo olvida decir que esto es lo que hacen cabalmente los Profesores de los Colegios de las Asociaciones religiosas, *emplear todo el tiempo, todo el día, entre la instrucción y la educación de sus alumnos.*

NOMBRAMIENTO

El Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis ha tenido á bien nombrar Arcipreste del Arciprestazgo de San Urbez, vacante por defunción de D. Juan Valero, al Sr. Párroco de Nocito, D. Miguel Gella.

Lo que se anuncia en este BOLETÍN OFICIAL para conocimiento de los señores Curas y efectos consiguientes.

CONGRESO CATÓLICO DE SANTIAGO

Socios inscritos en esta Diócesis

(CONTINUACIÓN)

- D. Simón Sauqué, Beneficiado de San Lorenzo.
- D. Jacobo Redón, Idem de idem.
- D. Jesús Urcia, Catedrático del Seminario.

Necrología

El día 19 del mes pasado falleció el Beneficiado de la Parroquia de San Lorenzo de esta ciudad, D. José María Mur. R. I. P. A.



Contraste

Refieren los periódicos ingleses, que en la causa por injuria y calumnia seguida por el padre jesuita Vaughan, hermano del cardenal del mismo nombre, contra el periódico protestante «Roek», éste ha sido condenado por el tribunal á pagar por daños y perjuicios al expresado Padre la suma de 800 libras esterlinas (27 000 pesetas próximamente) El artículo condenado por el tribunal era una violenta diatriba contra la Compañía de Jesús, acusándola de falta de patriotismo.

¡Qué contraste entre lo que sucede en Inglaterra y lo que sucede en España!

España es católica, Inglaterra protestante

La Religión Católica es la del Estado español. La Anglicana es la de Inglaterra

Hay además en España un solemne Concordato en el que el Estado promete, «que nadie molestará bajo ningún pretexto, en cuanto se refiere al cumplimiento de los deberes de su cargo, á los Prelados, ni á los demás sagrados Ministros; antes bien, cuidará todas las autoridades del Reino de guardarles y de que se les guarde el respeto y consideración debidos, según los divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro ó menosprecio.»

Este artículo del Concordato está vigente, y apesar de ello los periódicos revolucionarios, que tanto blasonan de enseñar y de ilustrar al pueblo, jamás lo insertan en sus columnas.

Es natural....



Católicos y protestantes

En la última Memoria de la Sociedad y las Misiones protestantes en Batavia se hace un cumplido elogio de las Misiones católicas en las siguientes frases:

• No pueden negarse los progresos que hace el Catolicismo en la Judea. Unidos como una falange macedónica, los católicos avanzan, ganando una victoria tras otra. sus escuelas son excelentes desde todos los puntos de vista, y todo el mundo lo aprecia así, hasta el punto de que algunos protestantes envían á ellas sus hijos. Las religiosas educan y dirigen á las niñas; con un tacto verdaderamente admirable, y es digno de

todo elogio el celo de los misioneros católicos en visitar las prisiones y los hospitales.»

Estas alabanzas de nuestros misioneros, hechas por los protestantes en los momentos actuales de persecución á las Ordenes religiosas, son de la mayor elocuencia en favor de éstas y en contra de sus inicuos perseguidores.

Que tomen notas los liberales españoles.

Episodio histórico

Poco antes de darse la batalla de Lepanto, el insigne y cristiano Capitán Don Juan de Austria dió orden de que todas las tropas puestas á sus órdenes rezaran el Santo Rosario.

Ni un soldado se movió de su puesto, aun dada la señal de la batalla, hasta que la oración quedó terminada.

Uno de aquellos valientes, que en el momento se hallaba con fiebre, pidió al Capitán el puesto de mayor peligro, viéndose aquel obligado á ceder ante las repetidas instancias del militar.

Poco después el plomo musulmán hirió el brazo del audaz soldado.

—Retírate—le dice el Capitán Francisco de San Pedro.

Á lo que aquél contestó:

Mi capitán, el que reza el Rosario con fe no recibe la muerte.

Este heroico soldado fué el que llamaron más tarde «Príncipe de los ingenios españoles,» Miguel de Cervantes y Saavedra.